

El corazón valiente de Rosario

Eyner Fabián Chamorro Guerrero
Docente Colectivo LEA UNIMAR

“Para no olvidar, y que la memoria siempre labre en la mente las cosas correctas que se debe hacer, para no volver a cometer los mismos errores”

Ya era costumbre en la vida de Rosario, caminar después del trabajo desde el centro de la ciudad para llegar a su casa ubicada al sur occidente, en un barrio azotado por la delincuencia y la pobreza de la gente. Casi siempre su llegada es a las 6:30 p.m., y a pesar del cansancio del día, saca las últimas fuerzas para atender a sus dos hijas en las labores escolares, hacer los oficios domésticos y compartir en la mesa junto con los alimentos, las experiencias cotidianas, bajo la sombra del puesto vacío de un padre y esposo que hace cinco meses decidió abandonarlas. Sin embargo, su valor de madre y el firme propósito de sacar adelante a sus hijas, le hace saber desde lo más profundo de su ser, que debe invertir fuerzas humanas y divinas para asumir las tareas de madre y padre, y en estas circunstancias, ignora que la vida aún le prepara irremediamente otra gran prueba, al punto de poner la resistencia al límite de un corazón valiente, sumido entre el amor, el odio y el perdón.

El hecho que marca profundamente el corazón de Rosario comenzó el 11 de agosto de 2011: el día transcurre normal, el ritual en el hogar se repite hasta la hora de tomar los alimentos de la noche y los comentarios sobre las tareas escolares para el día siguiente. Precisamente, una de las tareas de María, su hija menor que cursa el grado séptimo, era consultar un tema de ciencias naturales, y con un billete de dos mil pesos, en compañía de Isabel, su hermana mayor, van a la sala de internet de la esquina del barrio. Luego, Isabel regresa a su casa para hacer también las tareas.

Rosario intuía en su corazón una angustia; ya han pasado más de dos horas; le dice a Isabel que vaya por María; al notar que no regresan, decide ir por sus hijas; sólo encuentra a Isabel, angustiada y nerviosa, pues su hermana no se encuentra. Al preguntar al administrador del negocio si ha visto a María, contesta que hace más de una hora que salió con un tipo de cabello largo, por cierto poco confiable. A partir de este momento emprenden la búsqueda por todo el barrio; pasan los minutos, las horas, y a las once de la noche deciden llamar a la policía; salen los vecinos del barrio en busca de María, pero no aparece. La policía hace la búsqueda por todas las calles; la angustia de la madre y de la hermana se dispara a lo máximo; ya son las seis de la mañana; no hay lugar para el descanso; las mentes se llenan de preguntas, dudas, horrores, pues Isabel ha desaparecido.

Se prenden las alarmas de secuestro y de raptó, o quizá María decidió también abandonar el hogar; sólo queda la esperanza de que por su propia voluntad, llegue donde su padre, que vive en otro lado de la ciudad. Sin embargo, Rosario en su corazón de madre considera que ha hecho todo lo posible para que sus hijas estén bien, pues se esfuerza demasiado trabajando para brindarles una buena educación. Con la policía organizan un plan de búsqueda; se acude a las emisoras de radio de la ciudad y los contactos con las compañeras del colegio; los vecinos se unen para apoyar la búsqueda, y pese a todo, ha transcurrido un día en que María no aparece. Las esperanzas se rompen cuando el padre se entera y llega también a apoyar la búsqueda.

La angustia existencial de Rosario es inimaginable; el dolor, la zozobra, la imaginación horrorífica, los interrogantes, etc. Es el corazón roto de una madre desgarrada por la incertidumbre; ya la noticia en los primeros días de desaparición se ha regado por la ciudad en todos los rincones, pues en una sociedad violenta e insegura, se presta para pensar lo peor. La noticia llega hasta los medios de comunicación nacional. El corazón de Rosario ha soportado un mes la desaparición de su hija; igualmente Isabel, su

hermana, siente una profunda culpa cargada de un vacío y una tristeza eterna en el alma, que sólo se calmará con el regreso de la hija y hermana. Todo el país sabe que es otra víctima más de la situación social de inseguridad y violencia que se vive.

Las autoridades determinan una recompensa de cincuenta millones de pesos para quien dé razón del paradero de María; las redes sociales crean la campaña “Vuelve a casa, María”, mas sin embargo, no hay noticias de qué pudo haber pasado con María, o a dónde pudo haber ido, pues no hay rastro alguno. Por su lado la fiscalía emprende la investigación sin mayores resultados. La comunidad cristiana emprende lazos de oración por el regreso de María. Rosario toma fuerzas en la oración y el diálogo con Dios; al principio le cuestiona por esta prueba tan difícil; luego, le suplica que la llene de esperanza y fortaleza para cargar con el dolor. Ya ha pasado un año de la desaparición; Rosario se ha convertido en un ser profundamente espiritual; su cabello se ha teñido de blanco, y ha bajado de peso; sólo tiene fuerzas para cuidar a su hija mayor y guarda en lo profundo de su corazón la esperanza del regreso de su hija adorada. Con los vecinos y compañeros del colegio celebran en ausencia, la fiesta de su cumpleaños, y Rosario expresa –es sólo una niña que cumpliría sus trece añitos-.

Como tantos otros casos de desaparición, éste parece ser otro más sin ninguna solución, y el medio social se acostumbra a estos hechos sin más novedades; quedan solos quienes tienen que cargar con el dolor de la ausencia de los seres queridos. Han transcurrido dos años desde aquella noche misteriosa en que a María no se la volvió a ver nunca más. Por su parte, Rosario mantiene en Dios una firme esperanza de que volverá; está convencida que su hija, donde quiera que esté, está bien, y en cualquier momento recibirá la noticia tan esperada. Sin embargo, las noches se tornan eternas, preguntando al infinito, -¿dónde estás, hijita mía?, pues mi corazón no aguanta más, regresa por favor, tu ausencia nos está matando-.

Y al cabo de dos años y medio, se escucha la noticia, que en un potrero aledaño al barrio donde vivía María, después de una larga noche de lluvia, se alcanza a ver unos trapos idénticos al uniforme del colegio donde ella estudiaba. No duró más de un instante para definir que se trataba de María. Es un golpe fatal para Rosario, quien acompañó el levantamiento del cadáver que hizo la fiscalía. Su mente y todo su ser se llenaron de profundo dolor, al saber que su hija fue violentada, y que todo este tiempo había estado cerca, bajo tierra. Sin embargo se había preparado para este momento, aunque tenía la firme convicción de que volvería sana y salva.

Pese a este suceso, Rosario se preparó para darle una cristiana sepultura; todos unidos, vecinos, familiares y amigos, dieron el último adiós a los restos de María. En la misa de despedida, la familia de María manifestó el perdón al asesino, pues el daño está hecho; han desgarrado el seno de una familia; -ahora María está con Dios, convertida en un ángel que vela por todos-, pues consideran que quien acaba con la vida de un ser humano, está más muerto en vida y tiene que cargar con esta condena.

Por su parte, las autoridades municipales manifestaron sus condolencias a Rosario, y resaltaron en ella sus valores, su profunda esperanza, fortaleza y constancia por el regreso de su hija, y sobretodo su espíritu humano, cargado de amor y perdón; no hay espacio para el odio; sólo sigue luchando y trabajando por su hija Isabel. Éste es el corazón de una mujer que no sucumbió ante una prueba tan difícil, y que sucedió en un rincón de nuestra patria.